



Antonio Jaramillo Arango

“Culturas y pueblos precolombinos de la costa pacífica. Navegación e intercambio entre los Andes centrales, el Área Intermedia y Mesoamérica”

p. 291-316

El mar: percepciones, lectura y contextos
Una mirada cultural a los entornos marítimos

Guadalupe Pinzón Ríos y Flor Trejo Rivera (coordinadoras)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto Nacional de Antropología e Historia

2015

412 p.

Cuadros, ilustraciones y gráficas

(Serie Historia General, 31)

ISBN UNAM: 978-607-02-6484-9

ISBN INAH: 978-607-484-652-2

Formato: PDF

Publicado: 23 de mayo de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/el_mar/percepciones.html

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

CULTURAS Y PUEBLOS PRECOLOMBINOS DE LA COSTA
PACÍFICA. NAVEGACIÓN E INTERCAMBIO ENTRE
LOS ANDES CENTRALES, EL ÁREA INTERMEDIA
Y MESOAMÉRICA

ANTONIO JARAMILLO ARANGO
Universidad Nacional Autónoma de México
Posgrado en Estudios Mesoamericanos

El corredor marítimo del Pacífico como unidad de análisis

Definir fronteras para centrar los estudios sobre el pasado es siempre una necesidad imperiosa para comenzar cualquier reflexión en torno a los hechos ya ocurridos. Las discusiones teóricas acerca de estas delimitaciones fronterizas han traído profundas consecuencias en el quehacer práctico de la historia, la arqueología y la antropología.

El pasado del continente americano ha sido objeto de las anteriores discusiones y éstas han moldeado la manera en la que hoy en día comprendemos la historia acaecida en nuestro continente antes de la conquista e invasión europea. Vale la pena hacer una revisión de la herramienta teórico-metodológica más utilizada actualmente, “las áreas culturales”, para poder ponderar aquello que nos ha ayudado a conocer, y que fenómenos, por el contrario, se han vuelto más difíciles de comprender desde esta perspectiva.

Inspirados en la escuela alemana de antropología, que dividía los desarrollos históricos de la humanidad en *kulturkreise* o entornos culturales,¹ algunos antropólogos estadounidenses agrupados en lo que conocemos como el difusionismo norteamericano sugirieron dividir al continente entero en “áreas culturales”. Para el ideario difusionista, plantear la dispersión de rasgos en estas áreas culturales ayuda a entender cada sociedad en su propio contexto con sus

¹ Marvin Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, México, Siglo XXI, 2009, p. 323.

propias dinámicas evolutivas, y además permite comprender los grupos humanos como “todos culturales”, sin distinción ni divisiones disciplinares que hicieran perder la perspectiva completa de una sociedad viva.²

El primero en delinear áreas culturales sobre el mapa americano fue Clark Wissler en 1922,³ quien propuso una división muy precisa para los pueblos asentados en el actual territorio de Estados Unidos de América.⁴ Como resultado de un trabajo conjunto para el que Wigberto Jiménez Moreno, Roberto Weitlaner y Paul Kirchhoff fueron comisionados ante el XXVII Congreso de Americanistas con el objetivo de definir un área cultural que correspondiera al “México antiguo”,⁵ Kirchhoff publicó en 1943 el ensayo titulado Mesoamérica, que vendría a llenar un vacío en la definición práctica de las fronteras de áreas culturales.⁶ Seis años después de la publicación de Mesoamérica, fueron Wendell Bennett y Junius Bird quienes definirían, esta vez con criterio geográfico —a diferencia del marcado culturalismo de Kirchhoff—, la otra región que ha acaparado la atención de los investigadores de la América nuclear: los Andes Centrales.⁷ Ante la indefinición teórica que caracterizó la extensa región entre las ya consolidadas áreas mesoamericana y andina central, Wolfgang Haberland propuso en 1957 el término de Área Intermedia para apuntalar metodológicamente los estudios sobre el pasado precolombino de Ecuador, Colombia y el sur de Centroamérica.⁸

El trabajo que reunió los esfuerzos de definición de las áreas culturales americanas fue el libro titulado *An introduction to American archaeology* de 1971, escrito por Gordon Willey,⁹ que todavía se

² Albert Louis Kroeber, *Cultural and natural areas of native North America*, Berkeley, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 1939, p. 4.

³ Tomás Pérez, *Hilos de un mismo tejido cultural. El área maya y la costa del golfo*, Estudios de Cultura Maya, Universidad Nacional Autónoma de México, v. XXIII, 2003, p. 17-33.

⁴ Clark Wissler, *Los indios de los Estados Unidos de América*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 87-92.

⁵ Comunicación personal con Alfredo López Austin.

⁶ Paul Kirchhoff, *Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1960. Disponible en <alfinliebre.blogspot.com>.

⁷ Wendell Bennett y Junius Bird, *Andean culture history*, Londres, Robert Hale, 1949.

⁸ Adolfo Constenla, *Las lenguas del Área Intermedia: introducción a su estudio areal*, San José, Universidad de Costa Rica, 1991, p. 5.

⁹ Gordon Willey, *An introduction to American archaeology*, New Jersey, Prentice-Hall, 1971.

reconoce como el que consolidó el concepto y las fronteras de las áreas culturales en América.¹⁰ No se pueden negar los trabajos que han ayudado a refinar los términos y los límites de cada una de las áreas específicas, como los adelantados por Alfredo López Austin y Leonardo López Luján,¹¹ Román Piña Chan¹² y Wigberto Jiménez Moreno¹³ para Mesoamérica, Gerardo Reichel Dolmatof¹⁴ y Carl Langebaek¹⁵ para el Área Intermedia, o Luis Millones¹⁶ y Luis Guillermo Lumbreras¹⁷ para los Andes Centrales, por sólo citar algunos ejemplos notables. Sin embargo, no se ha planteado una refutación seria que cuestione la implementación práctica de los sólidos y, después de casi un siglo, aún vigentes postulados del difusionismo norteamericano.

Es curiosa la vitalidad del concepto de “área cultural” a pesar de los peligros que encierra. La estaticidad histórica y la práctica imposibilidad de que una línea represente las complejas relaciones y los contactos constantes entre culturas geográficamente distantes, son los riesgos que las figuras más importantes del difusionismo supieron enunciar pero que, a mi juicio, no los conjuraron, ni se han podido solucionar hasta la fecha.¹⁸ Es aún más sorprendente esta persistencia si se toma en cuenta que en la historia, la antropología y la arqueología se han desarrollado teorías que tienden a centrar el foco en la dinámica social y no en las generalizaciones o permanencias de los entornos culturales.

¹⁰ Frederick Lange, “Gordon R. Willey y el Área Intermedia. Conceptos, contribuciones y perspectivas”, *Revista de Arqueología del Área Intermedia*, n. 6, Instituto Colombiano de Antropología e Historia/Sociedad Colombina de Arqueología, Bogotá, 2004, p. 27-50.

¹¹ Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *El pasado indígena*, México, Fondo de Cultura Económica y Colegio de México, 2001.

¹² Román Piña Chan, *Historia, arqueología y arte prehispánico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

¹³ Wigberto Jiménez Moreno; *Esplendor del México antiguo: Síntesis de la historia pre-tolteca de Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.

¹⁴ Gerardo Reichel-Dolmatoff, *Colombia. Período Indígena*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1953.

¹⁵ Carl Langebaek, *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*, Bogotá, Colciencias, 2003.

¹⁶ Luis Millones, *Historia y Poder en Los Andes Centrales: Desde Los Orígenes Al Siglo XVII*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

¹⁷ Luis Guillermo Lumbreras, *De los pueblos, las culturas y las artes del antiguo Perú*, Lima, Moncloa Campodónico, 1969.

¹⁸ Albert Kroeber, *Cultural*, p. 5-6 y Paul Kirchhoff, *Mesoamérica*, p. 1.

Los postulados de la escuela de los Annales, y más precisamente la propuesta braudeliana de utilizar como unidad temática no una cultura o un evento específicos sino el vehículo de comunicación intercultural —el mar Mediterráneo—¹⁹, la característica dinámica de evolución social del Materialismo cultural²⁰ y la llamada de atención sobre los procesos de producción que en los objetos del que se deriva el nombre del procesualismo en arqueología, no han ganado la relevancia merecida en las reflexiones sobre la definición de áreas culturales o unidades de análisis diferentes.

El presente texto se fundamenta en el esfuerzo de proponer una unidad de análisis que rebase estas áreas culturales.²¹ No pretendo desechar el conocimiento basado en el supuesto de la existencia de áreas culturales, que es abundante y muy certero, ni de dejar de usar los conceptos de los difusionistas cuando éstos sean pertinentes, pero sí trato de hacer una propuesta sólida, tanto teórica como práctica, que nos permita conocer algo de aquello que las fronteras aparentemente inmóviles de las áreas culturales no nos dejan entender.

El corredor marino del Pacífico, que une la costa occidental de Mesoamérica, el Área Intermedia y los Andes Centrales, va a ser la unidad de análisis del presente escrito. Pueblos como el chincha, manta huancavilca, tumaco-la tolita, chocó y purépecha entre muchos otros, serán mencionados no por su pertenencia a cierta área cultural supuesta específica, sino por su relación con el océano Pacífico, y por los contactos sociales y productos que obtienen gracias a esta interacción con el medio marino.

Me gustaría hacer especial énfasis en que para el estudio actual me voy a centrar en una recolección documental sistemática que es coherente y confrontable. Los estudios iconográficos han sido muy certeros para definir estilos y muchas veces ayudan a comprender conexiones entre culturas aledañas; sin embargo, al tratarse de contactos a larga distancia por lo general es fácil confundir rasgos o sobreinterpretar elementos aislados. En el caso americano, la volun-

¹⁹ Fernando Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, v.2.

²⁰ Marvin Harris, *Nuestra especie*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

²¹ El debate teórico ya está planteado en Tamara Bray, “Cultura, interacción y contacto en el Área Intermedia: re-enmarcando la cuestión de las delimitaciones culturales”, *Revista de arqueología del Área Intermedia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia/Sociedad Colombina de Arqueología n.6, Bogotá, 2004, p. 277-293.

tad de encontrar comunicaciones entre olmecas, chavín, mayas, toltecas, huari e incluso incas y mexicas, ha llevado a algunos investigadores a ver relaciones en materia de cosmovisión entre los Andes Centrales y Mesoamérica, olvidando la extensa región geográfica que los separa y las culturas que habitaron en ella, poblaciones que forzosamente tuvieron que participar de manera activa en esta comunicación.²²

Como método de exposición voy a presentar este corredor de sur a norte, aprovechando las discusiones y hallazgos más aceptados para luego proponer, por lo menos, una conexión permanente y constante entre diferentes pueblos de América en tiempos precoloniales.

*La ruta entre el Área Intermedia y los Andes Centrales.
La ruta del Spondylus sp*

Desde el periodo precerámico se encuentran evidencias de contactos entre la región centroandina y las costas ecuatorianas.²³ Lo anterior lo sabemos gracias a los numerosos hallazgos de concha de *Spondylus sp.* proveniente de la región malacológica panámica —entorno medioambiental que comprende las costas sobre el Pacífico desde Ecuador hasta la Baja California— en sitios de la costa y la sierra peruana, entre los que resaltan talleres de producción artesanal de esta concha en la ciudad precerámica de Caral.²⁴

El hábitat natural del *Spondylus princeps* y el *Spondylus calcyfer* —las especies panámicas del género— requiere de la aguas cálidas de la contracorriente ecuatorial,²⁵ la misma que desvía su curso al

²² Incluso estudios muy rigurosos han sido criticados por este aspecto. Me refiero en concreto a Jorge Marcos, “De ida y vuelta a Acapulco” en Jorge Marcos (ed.): *Arqueología de la costa ecuatoriana. Nuevos enfoques*, Guayaquil, Corporación Editora Nacional, 1986, p. 163-196, y Alana Cordy-Collins, “La sacerdotisa y la ostra: ¿queda resuelto el enigma del Spondylus?”, *Spondylus: ofrenda sagrada y símbolo de paz*, Lima, Fundación Telefónica del Perú, 1999, p. 17-33.

²³ Anne-Marie Hocquenghem, “En torno al mullu, manjar predilecto de los poderosos inmortales”, en *Spondylus: ofrenda sagrada y símbolo de paz*, Lima, Fundación Telefónica del Perú, 1999, p. 47- 103, p. 74.

²⁴ Ruth Shady, “La formación de la civilización coral y su impacto en el desarrollo cultural peruano”, conferencia dictada en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2 de octubre del 2012.

²⁵ Jorge Marcos, “De ida y vuelta...” p.170

llegar al actual territorio del Perú por confluir con la corriente fría de Humboldt, que corre de sur a norte.²⁶ El hallazgo en contextos arqueológicos centroandinos de estas conchas coloradas, conocidas como mullu en quichua ecuatoriano, demuestra una ruta de comunicación entre las dos áreas culturales. Este camino parece mantenerse durante todas las etapas del desarrollo histórico de los Andes Centrales, con una disminución considerable durante el Horizonte Medio (700 d. C. a 900 d. C.). Tal disminución se percibe en el hecho de que la iconografía de una de las culturas más prominentes de este periodo, la Mochica, no representa valvas de *Spondylus sp.* reconocibles y en que, hasta la excavación de la conocida tumba del señor de Sipán, no se tenía referencia de la utilización de *mullu* con dimensiones considerables en sitios arqueológicos de este periodo.²⁷

La importancia del *Spondylus sp.* para las culturas centroandinas es considerable, ya que funciona como predictor del fenómeno de El Niño que ocasiona una larga temporada de lluvia en los Andes Centrales. Gracias a la predilección de este bivalvo por las aguas cálidas, al acercarse el fenómeno EL Niño —causante del cambio de la correlación de fuerzas entre la corriente de Humboldt fría y la Contracorriente Ecuatorial caliente, favoreciendo a esta última—, los individuos jóvenes de *Spondylus sp.* pueden reproducirse más al sur de su hábitat usual, generando así un aumento de esta concha colorada en las costas rocosas del actual territorio del Ecuador e incluso llegando hasta el extremo norte del Perú.²⁸

Al parecer desde tiempos muy tempranos las culturas centroandinas aprendieron a relacionar la abundancia de conchas rojas exóticas con prolongadas temporadas de lluvia. En una estela de la antigua ciudad de Chavin de Huantar se puede apreciar lo que se ha llamado una “medusa”, un monstruo de tierra con una cabellera de serpientes, que sostiene en su mano izquierda un *Spondylus sp.* y en la derecha un *Strombus galeatus*. En esta imagen parece haber una asociación lado izquierdo-concha bivalva-femenino en complemen-

²⁶ Un excelente mapa que muestra las corrientes marinas es el elaborado por la Sociedad Geográfica Americana en 1943. Disponible en <http://map.primorye.ru/raster/maps/world_maps/ocean_currents_1943.jpg>

²⁷ Alana Cordy-Collins, “La sacerdotisa” p. 18.

²⁸ Pablo Martín-Ramos, *En busca del Spondylus. Rutas y simbolismo*. Disponible en la red en <<http://es.scribd.com/doc/13971717/En-Busca-del-Spondylus-Rutas-y-Simbolismo>> p.6.

riedad con lado derecho-caracol-masculino en un tándem de fertilidad.²⁹ Esta asociación del *mullu* con el complemento femenino de la fertilidad del conjunto de la lluvia y la tierra parece mantenerse incluso hasta el Horizonte Medio.

Otra referencia de la carga simbólica del *Spondylus sp.* la encontramos en una fuente histórica, concretamente en un mito antiguo de los quechuas correspondiente al dominio inca durante el Horizonte Tardío (1400 d. C. - 1532 d. C.). Según los informantes de Francisco de Ávila, quien escribió su crónica sobre las tradiciones indígenas del Perú en el siglo XVI, el inca Tupac Yupanqui pidió ayuda a diferentes huacas, entidades anímicas sobrenaturales, para acabar con una sublevación de pueblos conquistados en el norte del imperio. A su llamado tan sólo acudió Macahuisa, huaca acuática, que arrasó con una gran inundación las huestes enemigas del Cusco. Como pago Tupac Yupanqui le ofrece riquezas, doncellas y manjares a Macahuisa, pero la huaca lo rechazó todo y mandó que le trajeran *mullu* para comer.³⁰

Además de este mito, conocemos por diversas crónicas coloniales que en tiempos prehispánicos a las huacas relacionadas con el agua, como las lagunas, ríos y nevados, se les ofrendaba polvo de *Spondylus sp.* para asegurarse una relación ventajosa con estas entidades.³¹

Es claro que para una utilización tan extendida del *mullu* los pueblos de los Andes Centrales tuvieron que asegurarse un abastecimiento confiable de este material desde las costas ecuatorianas. Para los periodos más tardíos del desarrollo andino central existe una controversia sobre esta ruta entre los actuales territorios del Ecuador y el Perú. María Rostworowski propone que fueron los chinchanos, pueblos pertenecientes a los Andes Centrales, quienes controlaban el comercio del *mullu* desde tiempos preincaicos, y que al ser conquistados por las tropas cusqueñas consiguieron un permiso especial para poder seguir utilizando la ruta comercial marítima

²⁹ Alana Cordy-Collins, "La sacerdotisa...", p.20

³⁰ Para ver análisis de este mito consultar María Rostworowsky, "Intercambio prehispánico del *Spondylus*" en *Spondylus: ofrenda sagrada y símbolo de paz*, Lima, Fundación telefónica del Perú, 1999, p. 35-45 y Hocquenghem; "En torno...".

³¹ Anne-Marie Hocquenghem, "El *Spondylus princeps* y la Edad de Bronce en los Andes centrales: las rutas de intercambio" Ponencia al 53 Congreso Internacional de Americanistas 2009. Disponible en <<http://www.hocquenghem-anne-marie.com/pages/26alhome.html>>

hacia el norte a cambio de sostener un flujo constante de *Spondylus sp.* para el imperio. Esta investigadora se basa en varios documentos etnohistóricos tempranos para sostener la existencia de una posible conexión marítima entre Chíncha y el Ecuador. Rostorowski acumula varios documentos de conquistadores que apuntan la importancia de los tratantes o comerciantes dentro de la estructura social chinchana,³² y además señala cómo en casi todas las referencias al señorío de Chíncha se resalta la existencia de miles de barcas dedicadas al intercambio comercial.³³ Sin embargo, estas pruebas documentales parecen tener poca correspondencia arqueológica. En los sitios chinchanos no se encuentran evidencias de un trato fuerte de *mullu*,³⁴ lo que ha llevado a Anne Marie Hocquenghem a proponer una ruta de introducción del bivalvo más norteña y por vía terrestre. Según esta hipótesis serían los habitantes de Tumbes, pueblo fronterizo entre los Andes Centrales y el Área Intermedia, los encargados de introducir el *Spondylus sp.* en territorio centroandino en tiempo de los incas.

La arqueología de Tumbes ha demostrado no sólo estar repleta de ejemplares de *Spondylus sp.*, sino que también cuenta con los talleres más importantes de talla de material malacológico encontrados hasta el momento en el área de los Andes Centrales. En el mismo puerto de Tumbes y en Rica Playa, otro asentamiento que se ubica en dirección al Cusco, se encontraron evidencias de un trabajo masivo con conchas, siendo la especie *Spondylus princeps* la más numerosa y la más trabajada.³⁵ Eso ha llevado a Hocquenghem a pensar que la ruta seguida por las huestes de Pizarro era el camino comercial de los tumbesinos para llegar a la capital del imperio incaico.³⁶

Los pueblos navegantes y la vela triangular

Si aceptamos la evidencia arqueológica como prueba de una introducción por vía terrestre y por el norte de los Andes Centrales del

³² María Rostworowski; "Intercambio...", p. 41-43.

³³ Anne-Marie Hocquenghem, "En torno...", p. 62-66.

³⁴ *Ibid.*, p. 66-70.

³⁵ Anne-Marie Hocquenghem, "En torno...", p. 85-94.

³⁶ Anne-Marie Hocquenghem, "Los españoles en los caminos del extremo norte del Perú en 1532" en *Society for American Archaeology Annual Meeting*, San Luis, 1993 p. 1-62.

mullu, y se descarta por tanto la idea de una navegación chinchana proveniente del corazón mismo del área centroandina, faltaría ahora indagar quiénes serían los encargados de la entrada del *mullu* hasta el puerto de Tumbes.

Conocemos por fuentes coloniales lo difícil que era la navegación de norte a sur por la costa oriental de Suramérica, en contraste con la facilidad con la que se recorría el camino de sur a norte.³⁷ Girolamo Benzoni, un viajero italiano del siglo XVI que se familiarizó con esta costa, relató lo tortuoso de su viaje de Panamá a Perú, en el que se demoró meses y pasó muchísimas penurias. En cambio, el viaje de regreso apenas le mereció una mención y tan sólo señaló lo rápido y cómodo que fue.³⁸ Aún hoy en día en la costa pacífica colombiana viajar hacia el norte se dice “bajar”; por el contrario, debido a la dificultad que significa ir contra la corriente hacia el sur, los habitantes de esta zona denominan “subir” a ir en dirección al sur.³⁹ Por lo tanto para poder mantener un intercambio constante y permanente entre los Andes Centrales y los del Norte habría que contar con una tecnología marina lo suficientemente sofisticada para navegar en contra del impulso de la corriente y de los vientos y por lo tanto, poder realizar el viaje difícil a contracorriente de vuelta al sur: la vela triangular, también llamada vela latina.

En la crónica Sámano-Xerez se relata el encuentro de la nave que piloteaba Bartolomé Ruiz con una barca americana repleta de productos preciosos para los españoles como oro y esmeraldas; los tripulantes se sorprendieron al conocer que todo lo tenían para intercambiarlo por ciertas “conchas de pescado”. En la crónica también se resalta la importancia que dieron los españoles a las velas de la embarcación nativa, pues lo que más los maravilló es que eran velas “de manera de los nuestros navíos”.⁴⁰ Es en la crónica de Cieza de León donde se especifica la forma de las velas de la nave encontrada por los europeos del relato de la Sámano-Xerez, asegurando que eran latinas y que incluso en un principio la confundieron con una

³⁷ Anne-Marie Hocquenghem, “En torno...”, p. 68

³⁸ Girolamo Benzoni, *La historia del Nuevo Mundo. (Relatos de su viaje por el Ecuador, 1547-1550)*, Guayaquil, 1985, p. 124.

³⁹ Comunicación personal con Martha Herrera.

⁴⁰ Centro de Investigaciones de Salango; *Cambio y continuidad en Salango*, Guayaquil, 1984, p. 11-12.

carabela española.⁴¹ Asimismo, el ya mentado Girolamo Benzoni⁴² y Agustín de Zárate, quien publicó su *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* en 1555,⁴³ mencionan la navegación por vela de los pueblos costeros de Ecuador.

Arqueológicamente podemos apreciar en un cuenco de plata en el Museo del Oro de Lima, —del que no conocemos su lugar exacto de procedencia— una escena en la que aparece una embarcación de vela triangular a la que está amarrado un grupo de buzos que de manera manual recolectan conchas bivalvas, posiblemente *Spondylus sp.*⁴⁴ Aún hoy en día se utilizan embarcaciones con velas triangulares para navegar en la difícil costa del límite entre Perú y Ecuador.⁴⁵

En la tradición europea, la introducción de velas triangulares en las embarcaciones permitió una navegación mucho más ágil, pues la nave se podía impulsar incluso en contra de la dirección del viento, lo que posibilitaba una travesía mucho más segura por mar abierto. Es conocido que de las tres carabelas de la primera expedición de Colón dos tenían velas latinas y la Santa María era una nao mucho más grande que sus dos compañeras, pero menos ágil por no poseer la innovación técnica de la vela triangular.⁴⁶

Mucho se ha especulado sobre la procedencia de estas barcas americanas con velas latinas. Rostworowski asegura que son chinchanas⁴⁷ y Hoquenghem ha dicho que pueden ser tumbisinas o lambayeques⁴⁸ —todos pueblos pertenecientes a los Andes Centrales—, sin embargo, con base en otros autores y en las fuentes primarias que consulté, mi posición es diferente. Si tan sólo tenemos noticia de que la balsa con velas avistada por Bartolomé Ruiz viajaba hacia el sur y de que entre sus mercaderías existían productos típicos de los Andes del Norte, como las esmeraldas, no podemos asegurar que su destino final fueran los Andes Centrales; es más, en la misma

⁴¹ Anne-Marie Hocquenghem, “El Spondylus...”, p. 14.

⁴² Benzoni, *La historia*, p. 112.

⁴³ Jorge Marcos, “Los pueblos...”, p. 40.

⁴⁴ Hocquenghem, “En torno”, p. 59.

⁴⁵ Carlos Núñez Calderón de la Barca, *Los caminos que andan. Contactos marítimos prehispánicos entre Ecuador y México*, Guayaquil, Publicaciones de la Biblioteca de la Ilustre Municipalidad de Guayaquil, sf, 77.

⁴⁶ Carmen Bernand y Serge Gruzinski; *Historia del nuevo mundo I, 1492-1550*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

⁴⁷ María Rostworowski; “Intercambio...”, p. 40.

⁴⁸ Anne-Marie Hocquenghem, “El Spondylus...”, p. 14.

crónica se especula que los navegantes provenían de Çalangone, el actual Salango en Manabí, Ecuador.⁴⁹ De igual manera, Benzoni reporta navegación con vela en las costas ecuatorianas pertenecientes al Área Intermedia y no al área Andina Central. También Agustín de Zárate habla de navegación con vela en la isla de Puná, en la desembocadura del río Guayas, Ecuador.⁵⁰ Finalmente, el cuenco de plata del Museo del Oro de Lima combina la navegación con vela triangular con recolección de conchas que se han interpretado como *Spondylus sp.*, es decir, si esta identificación es correcta, allí donde está el bivalvo es donde se navega con velas triangulares, esto es, en la costa ecuatoriana.

Posiblemente las culturas asentadas en el sur del actual territorio del Ecuador fueron quienes conocieron bien la técnica de la navegación con velas latinas. Me refiero en este punto a los huancavilcas, que dominaban la desembocadura del río Guayas y a la isla de Puná, en donde —como ya mencioné— Agustín de Zárate reporta desde muy temprano navegación a vela por parte de los nativos; y a la cultura manteña, en el sur de la actual provincia ecuatoriana de Manabí, cuyo puerto más importante, Portoviejo, funcionó como estación de los barcos españoles en la época colonial, y que controlaba la isla de La Plata y al señorío de Salango, que es de donde venía la barca encontrada por Ruiz según la crónica Sámano-Xerez.

No es necesario establecer el punto exacto de donde salió la embarcación encontrada por Ruiz, ni un pueblo que monopolizara el comercio por el océano Pacífico. Varias fuentes mencionan que existía una liga o confederación de mercaderes en la que se unían varios pueblos,⁵¹ tal vez agrupados bajo una alianza comercial y militar en contra de los agresivos imperios centralizados del área centroandina. Arqueológicamente esta alianza ha sido comprobada por la íntima relación entre la cerámica manteña y huancavilca, que representa un solo estilo diferenciado y que revela una intensa relación entre ambos pueblos que dominaban gran parte de la costa ecuatoriana, desde Atacames hasta la isla de Puná.⁵² Es de recalcar

⁴⁹ Centro de Investigaciones de Salango; *Cambio...*, p. 11-12.

⁵⁰ Jorge Marcos, *Los pueblos navegantes del Ecuador prehispánico*, Quito, Abya-Yala, 2005, p. 41.

⁵¹ Jorge Marcos, *Ecuador antiguo 3. Las sociedades de la costa del área septentrional andina 300 a. C.- 1500 d. C.*, Museo arqueológico del Banco del Pacífico, Guayaquil, 1993, p. 93.

⁵² Jorge Marcos, *Los pueblos...*, p. 32-33.

que el investigador Jorge Marcos, con base en la ya citada crónica Sámamo-Xerez interpreta que los navegantes encontrados por Bartolomé Ruiz eran asiduos comerciantes que hablaban varias lenguas, entre ellas la quechua, pues dos de ellos capturados por los españoles, le sirvieron de traductores a Pizarro al llegar a territorio incaico en el puerto de Tumbes.⁵³

Estos pueblos del sur del Área Intermedia dependían del comercio con sus vecinos de los Andes Centrales, pues de ellos obtenían principalmente el cobre, material con el que construían herramientas agrícolas muy útiles en los ambientes tropicales donde habitaban.⁵⁴ Asimismo, el cobre tenía una amplia distribución en el Área Intermedia y era uno de los elementos con el que se producía la aleación conocida como tumbaga y con el que se hizo en el que son hechas la mayoría de las figurillas doradas típicas de esta área cultural. Ya que no se han identificado claramente minas de este metal en Ecuador y Colombia que fueron explotadas en tiempos prehispánicos, parece ser que el comercio de huancavilcas y manteños era tan animado con las culturas del Perú como con las culturas del actual territorio colombiano.

Si bien todo indica que la ruta de comercio del *mullu* y del cobre que conecta a los pueblos Huancavilca y Manta con el puerto de Tumbes fue estable durante muchos cientos de años, alrededor del año 900 d. C parece haber ocurrido algo que cambió esta aparente estabilidad.

Anne Marie Hocquenghem señala que la situación actual de las poblaciones de *Spondylus princeps* en las costas ecuatorianas denota una catastrófica disminución difícilmente comprensible sin la intervención de la depredación selectiva de la mano humana, pues los ejemplares de *Spondylus calcyfer* no están en tan precaria posición.⁵⁵ Parece pues que el comercio precolombino del *mullu* agotó poco a poco los bancos de *Spondylus sp.*, especialmente de la especie *princeps*, durante la época prehispánica. Hay que tener en cuenta que el uso de esta concha cesó en época colonial y tan sólo hasta hoy vuelve a tener valor en la manufactura de joyas. Según la propia Hocquenghem, el agotamiento debió haber ocurrido alrededor del año

⁵³ *Ibid.*, p. 30-31.

⁵⁴ Anne-Marie Hocquenghem, "En torno...", p. 56.

⁵⁵ Anne-Marie Hocquenghem, "El Spondylus...", p. 12.

900 d. C.,⁵⁶ coincidente con el fin del Horizonte Medio, periodo en el que tanto la utilización como la representación de *mullu* en los Andes Centrales fue bastante restringida.⁵⁷ La pérdida de poder de la cultura que construyó las ciudades de Huarí y Tiahuanaco significó una atomización del poder en los Andes Centrales, el llamado Periodo Tardío. La dispersión del poder en el área centroandina llevó a que el arqueólogo Luis Guillermo Lumbreras bautizara a este periodo “los desarrollos regionales”.⁵⁸ Así se abre todo un nuevo universo de consumidores para el *mullu* ecuatoriano y es notable el aumento de los hallazgos de *Spondylus sp.* a nivel arqueológico en el Perú y Bolivia para este periodo, con respecto al inmediatamente anterior.⁵⁹

El aumento de la demanda del *mullu* en los Andes Centrales conllevó a un descalabro demográfico de los ejemplares de *Spondylus sp.* en las costas rocosas ecuatorianas y esto, aunado a la dependencia del cobre que intercambiaban huancavilcas y manteños con sus vecinos del sur, llevó a que los comerciantes marítimos se aventuraran a nuevos yacimientos de *Spondylus sp.*

El camino hacia el norte

Ya sabemos que la corriente de Humboldt tiene una temperatura muy baja para ser propicia para la vida del *Spondylus sp.*, por lo que los manteños y huancavilcas tuvieron que buscar nuevos yacimientos hacia el norte del continente. Lo anterior explicaría por qué Bartolomé Ruiz halló la barca comerciante de *mullu* con velas en su viaje de Panamá a Perú y que entre sus mercancías se encontraran productos típicamente norteños como las esmeraldas. También conocemos que estas velas latinas le permitían a los navegantes de Manta y Huancavilca remontar hacia el sur en contra de la contracorriente ecuatorial, para poder ir y venir versátilmente por las costas del océano Pacífico.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 12.

⁵⁷ Alana Cordy-Collins, “La sacerdotisa...”, p.18.

⁵⁸ Luis Guillermo Lumbreras, “De los pueblos...”

⁵⁹ Alana Cordy-Collins, “La sacerdotisa...”, p.20.

En las costas de la actual Colombia, en territorio de la cultura chocó, Pascual de Andagoya recibió noticias precisas sobre la riqueza de los Andes Centrales, de donde nació la leyenda y la codicia por el Birú o el Perú.⁶⁰ Más allá de los reportes sobre la opulencia de sus vecinos, estrategia muy usada por los pueblos americanos para desviar la atención de las huestes conquistadoras europeas,⁶¹ al parecer Andagoya tuvo la oportunidad de ver productos de enorme riqueza de oro y plata como los que impresionarían a Ruiz algunos años después y eran transportados por la nave que usaba las velas ya mencionada. Esto lo llevaría a buscar por todos los medios los derechos de conquista del rico Birú. Sin embargo, las costas colombianas son poco propicias para el *Spondylus sp.*, pues para asentarse estos bivalvos necesitan de un sustrato duro, preferiblemente rocoso;⁶² incluso en los casos de los ejemplares más viejos, la concha queda tan pegada a la roca que es necesario romper una de las valvas para extraerla.⁶³ Las costas colombianas están totalmente invadidas de manglares, las que propician un área fangosa entre la desembocadura de los ríos y el océano, impidiendo la formación de las costas rocosas necesarias para la vida del *Spondylus sp.*

Por las características de las costas donde habitaban, pueblos como los Tumaco-La Tolita y los Chocó pudieron comerciar con los mercaderes manteños y huancavilcas. Así lo cerciora el relato de Pascual de Andagoya. De esa manera intercambiar bienes muy preciados como las esmeraldas, el oro e incluso el platino,⁶⁴ pero los navegantes de las costas ecuatorianas no pudieron hallar allí el anhelado *mullu*.

En el sur de Centroamérica las costas vuelven a ser propicias para la vida y reproducción del *Spondylus sp.* y muchos de los pueblos que habitaron las costas occidentales de esa zona utilizaron sus conchas para hacer finos ornamentos. La región conocida como el Gran

⁶⁰ Jorge Marcos, "Pueblos...", p. 22.

⁶¹ Josefina Oliva de Coll, *La resistencia indígena ante la conquista*, México, Siglo XXI, 1991.

⁶² Federico García, Óscar Holguín-Quiñones, Esteban Félix y Marcial Arellano. "Usos actuales y conocimiento biológico de algunos moluscos", en Lourdes Suárez y Adrián Velázquez (coords.), *Ecos del pasado: los moluscos arqueológicos de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2010, p. 17-28.

⁶³ Anne-Marie Hocquenghem, "En torno...", p. 59.

⁶⁴ Son muy interesantes los trabajos que actualmente está adelantando Jairo Arturo Escobar en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Los Andes, Bogotá, sobre las figurillas que utilizaban platino producidas por la cultura Tumaco-La Tolita.

Coclé, en Panamá, fue uno de los lugares dónde más se explotó esta concha, elaborando objetos de *Spondylus sp.* con motivos propios.⁶⁵ Al seguir el recorrido costero de la contracorriente ecuatorial, las naves manteñas y huancavilcas seguramente entraron en contacto con poblaciones del Gran Coclé. Sin embargo no contamos con evidencias de un intercambio de conchas de *Spondylus sp.* del Gran Coclé con otras regiones. Es bien conocida la estrecha relación que tuvo esta región con las culturas noroccidentales suramericanas, desde donde se introdujo el trabajo metalúrgico.⁶⁶ Está documentado que se intercambiaban piezas de oro entre Panamá y Colombia, compartiendo una simbología común basada en la copia mutua de piezas de un lado y otro, que creó un estilo llamado “internacional” por la arqueología panameña.⁶⁷

Así como se ha reportado una relación con el sur, en el cenote sagrado de Chichén Itzá, en la península de Yucatán, se han encontrado numerosas piezas de oro provenientes del Gran Coclé. Gracias a estudios metalúrgicos se ha comprobado que los discos de metal con escenas mayas encontrados allí se fabricaron con tecnología que no pertenecía a Mesoamérica sino al sur de Centroamérica.⁶⁸ Recientes estudios del proyecto de Análisis No Destructivo para el Estudio *in situ* del Arte, la Arqueología y la Historia (ANDREAH) del Instituto de Física de la Universidad Nacional Autónoma de México revelan que los mayas importaron y adoptaron una técnica de dorado de piezas de cobre supremamente sofisticada, sólo reportada para Suramérica.⁶⁹ Lo anterior revela una ruta de intercomunicación entre el Área Maya

⁶⁵ Julia Mayo, “Virtuosismo y materia. Cuentas de conchas marinas del Istmo de Panamá”, en Adrián Velázquez, Emiliano Ricardo Melgar y Luis Gómez (coords.), *Moluscos arqueológicos de América*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2011, p. 283-306.

⁶⁶ Emilie Carreón y Felix Lerma; “Una perspectiva continental. Los vecinos del sur de Mesoamérica: área Intermedia y Caribeña”, en María Teresa Uriarte (coord.); *De la Antigua California al Desierto de Atacama*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 309-336.

⁶⁷ Warwick Bray, “Sitio Conte Metalwork in its Pan-American Context” en Pamela Hearne y Robert Sharer (ed.); *River of Gold: Precolumbian Treasures from Sitio Conte*, Filadelfia, Universidad de Pensilvania, 1992, p. 33-46.

⁶⁸ Samuel Lothrop, *Metals from the cenote of sacrifice Chichen Itza, Yucatan*, Cambridge, Memoirs of the Peabody Museum v. X n. 2, 1952, p. 94-95.

⁶⁹ Jesús Arenas Alatorre, J. Contreras y José Luis Ruvalcaba Sil; “Microstructural Study of Gilded Copper Artifacts from the Chichén-Itzá Cenote” en José Luis Ruvalcaba, et al. (ed.); *2nd Latin-American Symposium on Physical and Chemical Methods in Archaeology, Art and Cultural Heritage Conservation*, México, Universidad Nacional Autónoma de

y el Área Intermedia, ya sea por vía terrestre-fluvial o por navegación marina en el Caribe. Conocemos que los mayas navegaban con grandes canoas propulsadas a remo por la costa oriental yucateca⁷⁰ y, según fuentes coloniales, existía una extensa red de comunicación entre los señoríos mayas del siglo XVI a través de los ríos de las tierras bajas del Petén hasta la laguna de Términos en Campeche.⁷¹

Habría que pensar por qué los comerciantes del Gran Coclé no utilizaron las rutas por las que circulaba el oro para intercambiar las conchas de *mullu*, tan apreciadas por otras culturas precolombinas. Es más difícil explicar la ausencia de un fenómeno histórico que su presencia, sin embargo yo propongo la siguiente causa. En múltiples trabajos se llama la atención sobre el contraste entre el nivel de organización social relativamente bajo de estas culturas “panameñas” con su maestría artesanal. Es altamente probable que allí no se desarrollaran sociedades clasistas lo suficientemente estratificadas como para sostener un grupo de especialistas en metalurgia y, además, desenvolver el complicado proceso de la explotación masiva del *mullu*.⁷² No quiero decir que el comercio y la especialización artesanal sean propiedad exclusiva de sociedades estatales, pues existen muchos ejemplos de sociedades con bajo nivel de desarrollo clasista que cuentan con un activo intercambio de productos manufacturados. Como ya he referido, productos del Gran Coclé se encuentran en regiones muy lejanas y en lugares de esta cultura se han hallado objetos foráneos revelando una extensa red de intercambios.⁷³ No obstante, para la explotación intensiva del *Spondylus sp.* se necesita un grado de especialización bastante alto.

México, Universidad Autónoma de Campeche, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2010, p. 67-71.

⁷⁰ María Eugenia Romero y Susana Gurrola; “La navegación maya en el Caribe mesoamericano”, en *España y Nueva España: sus acciones transmarítimas. Memorias de I simposio internacional*, México, Universidad Iberoamericana, 1991, p. 71-87.

⁷¹ Julien Machault como parte de su trabajo de investigación de maestría en la Universidad de Toulouse, la Universidad de Sevilla y la Universidad Nacional Autónoma de México ha ubicado varios documentos coloniales tempranos en el Archivo General de Indias que reportan caminos fluviales y terrestres de comunicación por gran parte del área maya.

⁷² Julia Mayo, “Virtuosismo...”, p. 284.

⁷³ Anthony Ranere, “Panamá: una perspectiva prehispánica” en Víctor González (comp.) *Arqueología en el Área Intermedia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2012, p. 85.

El buceo apnea, necesario para la recolección de las conchas pegadas al sustrato rocoso, requería de especialistas que, mediante pesos, logaran mantenerse en el fondo marino durante el suficiente tiempo para reconocer y despegar las valvas pegadas a las rocas como observamos, según mi interpretación, en el cuenco de plata del Museo del Oro de Lima. Recientemente se ha comprobado que debido a la visibilidad limitada en las costas rocosas y a los parásitos que alojan las conchas de *Spondylus sp.* en sus valvas, la técnica de buceo apnea para la recolección del *mullu* era muy peligrosa y de eficiencia reducida.⁷⁴ Al parecer, aunque los coclés conocieran y utilizaran el *Spondylus sp.*, no pudieron suplir la amplia demanda de los manteños y huancavilcas.

Luego de pasar por las costas centroamericanas, las naves manteñas y huancavilcas llegarían al otro sitio de costas rocosas propicias para la vida del *Spondylus sp.*: el llamado Occidente de Mesoamérica.

El Occidente mesoamericano

Por sus condiciones geográficas, medioambientales y socioeconómicas, la región occidental del área mesoamericana proveyó a todos sus vecinos cercanos de las preciadas conchas coloradas del *Spondylus sp.* Incluyo dentro del Occidente mesoamericano al actual estado de Guerrero, porque tradicionalmente se le ha considerado parte de esta región, pero debo anotar que las interpretaciones más recientes apuntan a separar a Guerrero de lo conocido como Occidente. Faltaría un mayor desarrollo de la arqueología, la antropología y la historia guerrerense para justificar esta escisión.

Desde el Preclásico encontramos buena cantidad de conchas de *Spondylus princeps* asociadas a los entierros de la llamada tradición de tumbas de tiro.⁷⁵ Por un lado, las costas del Pacífico del sur de Mesoamérica no son tan propicias para la recolección del bivalvo, por lo que las numerosas piezas de *Spondylus sp.*, encontradas en el área maya durante el Clásico y asociadas a privilegios de alto rango

⁷⁴ Anne-Marie Hocquenghem, "En torno...", p. 59.

⁷⁵ María Teresa Cabrero y Carlos López, *Catálogo de piezas de las tumbas de tiro del cañón de Bolaños*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, p. 11-12.

de clases sociales dominantes,⁷⁶ darían cuenta de una conexión entre las costas de Guerrero, Michoacán o Jalisco con lugares tan lejanos como Labná y Oxkintok. En Teotihuacán, el *Spondylus sp.* está asociado a talleres exclusivamente estatales y raramente se encuentran evidencias de su trabajo en los barrios,⁷⁷ y en Tula (Hidalgo) encontramos el peto ceremonial de *Tlahuizcalpantecutli*⁷⁸ hecho con diferentes conchas de la región Panámica, entre las que resalta el *Spondylus princeps*.⁷⁹ Para el Posclásico Tardío contamos con información precisa sobre los lugares a los que el imperio de la Triple Alianza en cabeza de los mexicas de Tenochtitlan exigía un tributo de 800 conchas de *Tapachlli* —cuentas coloradas—, por lo representadas pictográficamente con rasgos distintivos del *Spondylus princeps*. La provincia de Cihuatlán, que según la *Matrícula de Tributos* y el *Código Mendoza*, incluía los pueblos de Cihuatlán, Colimán, Panotlán, Nóchcoe, Iztapan, Xolochiuhyán, Petatlán, Xiuhuacán, Apancalecan, Cotzohuipilocan, Coyucac y Zacatlan.⁸⁰ Existe la controversia sobre si esta provincia de Cihuatlán se refiere a Zihuatanejo, en Guerrero, o a Cihuatlán, en Jalisco. No obstante es claro que Cihuatlán hace referencia al lugar de las mujeres, de *cihuatl* “mujer”, en náhuatl, lo que nos remite al lado occidental del mundo, allí donde el sol comienza su camino por el inframundo en la noche.

El uso del *Spondylus sp.* es muy extendido en Mesoamérica y su simbolismo es así materia pendiente para futuras investigaciones

⁷⁶ Emiliano Melgar, “De lo local a lo foráneo: la relación molusco-objeto-huella de manufactura en la estratificación social de Oxtankah, Quintana Roo”, en Adrián Velázquez y Lynneth S. Lowe, *Los moluscos arqueológicos, una visión del mundo maya*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, cuadernos de estudios mayas no. 34, 2007, p. 153-180.

⁷⁷ Clara Paz Bautista, “Evidencias de la producción de objetos de concha en talleres estatales. El caso de la Pirámide del Sol de Teotihuacán”, conferencia del Seminario del Proyecto Técnicas de Manufactura de los Objetos de Concha del México Prehispánico, Museo del Templo Mayor, México, 10 de Agosto de 2012.

⁷⁸ Fernando Getino Granados y Javier Figueroa Silva, “Símbolos solares en las ofrendas del Palacio Quemado de Tula, Hidalgo”, en *Estudios Mesoamericanos* n. 5 (enero-diciembre, 2003), México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 68-81.

⁷⁹ Adrián Velázquez, Belém Zúñiga y Norma Maldonado; “Pre-hispanic attire made of *Spondylus* from Tula, Mexico”, en Fotis Ifantidis y Mariana Nikolaidou (ed.), *Spondylus in Prehistory. New Data and Approaches*, Londres, British Archaeological Report, 2011, p. 211- 221. p. 213.

⁸⁰ Lourdes Suárez, *Conchas, caracoles y crónicas*, Instituto Nacional de Antropología e Historia y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2003, p. 86.

comparativas entre los diferentes pueblos mesoamericanos. Si bien las valvas del *tapachtli*, conchas rojizas, se utilizaron generalmente para ambientar las ofrendas asociadas con el inframundo en lugares significativos como el Templo Mayor de Tenochtitlán, y muchas veces están asociadas a la piedra verde y turquesa que simboliza el agua y la lluvia, coincido con los investigadores Velázquez, Zúñiga y Maldonado en interpretar en un sentido más amplio el uso que le dieron las culturas mesoamericanas al *Spondylus sp.*⁸¹ Aunque insisto en la falta de un estudio iconográfico sistemático, si nos basamos en algunas piezas arqueológicas como el águila de Oxkintok,⁸² las valvas sueltas de concha roja que contenían sangre en el área maya,⁸³ la identificación de la valva de *Spondylus sp.* en el llamado grupo acuático en la epigrafía maya, el peto ceremonial de Tula (Hidalgo),⁸⁴ por mencionar sólo algunas pocas piezas, nos hacen pensar que el *tapachtli* guarda alguna relación simbólica con la guerra, el autosacrificio, lo sagrado y la deidad del venus matutino. Habría que reforzar todo este simbolismo con el lugar de donde vienen las conchas de *Spondylus sp.*: el Occidente.

Tradiciones compartidas en el corredor del Pacífico

Arqueológica e históricamente tenemos suficientes pruebas para pensar en contactos permanentes entre el Occidente de Mesoamérica y la costa compartida entre Ecuador y Colombia. Si bien debe considerarse que muchas similitudes simbólicas se deben más a una fuente común que a contactos directos, en este texto me refiero a tradiciones producto de interacciones constantes y dejó abierta la pregunta sobre fenómenos panamericanos en materia de cosmovisión y maneras de relacionarse con el entorno. Se debe distinguir entre dos contactos claramente identificables y diferenciados en el tiempo. Aunque muchos investigadores como Valadez⁸⁵ y Rieff

⁸¹ Velázquez, Zúñiga y Maldonado; “Pre-hispanic...”, p. 217.

⁸² Lourdes Suárez, *Conchas y caracoles, ese universo maravilloso*, México D.F., INAH, 2007, p. 121.

⁸³ *Ibid.*, p. 144.

⁸⁴ Fernando Getino Granados y Silva, “Símbolos solares...”, p. 68.

⁸⁵ Raúl Valadez, Christopher Gotz, Velia Mendoza; *El perro pelón, su origen, su historia*, México, Universidad Autónoma de Yucatán/Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 61.

Anawalt⁸⁶ asocian todo tipo de coincidencias entre Suramérica y Mesoamérica con un contacto posterior al año 900 d. C., las tradiciones compartidas develan una comunicación mucho más temprana.

La tradición de las Tumbas de Tiro aparece muy tempranamente en el Occidente mesoamericano, 200 a. C. a 600 d. C. y está muy restringida geográficamente.⁸⁷ Este mismo tipo de enterramientos adquiere su máxima expresión en muchas culturas del Ecuador y Colombia; la coincidencia podría señalarnos una tradición compartida entre estas regiones producto de contactos prolongados. Asimismo la extraña malformación genética que conlleva a la condición pelona en caninos —que al parecer surge en el Occidente mesoamericano—⁸⁸ vuelve a presentarse muy tempranamente en el Ecuador. Aunque no se han encontrado hasta la fecha huesos que corroboren una introducción antigua de perros sin pelo en Suramérica, sí contamos con representaciones en cerámica de perros con esta condición datadas, por lo menos, para el 500 d. C.⁸⁹ También hay una tradición cerámica muy temprana, distribuida en toda la costa del Occidente mesoamericano, que guarda una enigmática relación con el norte suramericano, la Capacha.⁹⁰ Se ha dicho que la Capacha es muy cercana a la de Valdivia, Ecuador, una de las primeras tradiciones alfareras del continente. En el mismo sentido, la alfarería de Chupícuaro, Guanajuato, utiliza como motivo recurrente el asa-estribo, marcador distinguible de la cerámica entre el Perú y Colombia. Esta cerámica está datada como preclásica, más específicamente entre 500 a. C. y 200 d. C.,⁹¹ confirmando lo que las cercanías estilísticas hacían suponer: una relación muy antigua que conllevó a algunas

⁸⁶ Patricia Rieff Anawalt, “They came to trade exquisite things. Ancient west mexican-ecuadorian contacts” en Richard Townsend (ed.); *Ancient west Mexico. Art and archaeology of the unknown past*, Chicago, The Art Institute of Chicago, 1998, p. 233-249.

⁸⁷ Dolores Flórez Villatoro, *Occidente. Museo Nacional de Antropología*, México, Consejo Nacional para Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004, p. 7.

⁸⁸ Raúl Valadez, *La domesticación animal*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, p. 90.

⁸⁹ Valadez, Gotz y Mendoza; “El perro...”, p. 79.

⁹⁰ Dorothy Hosler, *The sounds and colors of power. The sacred metallurgical technology of ancient west Mexico*, Cambridge, Massachusetts Institute of Technology press, 2002, p. 16.

⁹¹ Una muy buena pieza de este estilo cerámico puede consultarse en el sitio en red del Museo Chileno de Arte Precolombino. Disponible en: <<http://www.precolombino.cl/coleccion/botella-asa-estribo-antropomorfa/>>

tradiciones compartidas entre los pueblos occidentales mesoamericanos y algunas culturas suramericanas.

Aunque este contacto antiguo que se dio durante el Preclásico merecería un desarrollo mayor, no es el que se ha venido rastreando a lo largo del presente escrito. Ya conocemos por qué los mercaderes navegantes manteños y huancavilcas llegaron a las costas occidentales del actual México luego del Horizonte Medio, es decir luego del año 900 d. C. También sabemos que en estas costas habitaban pueblos que conocían como explotar los bancos de *Spondylus sp.* de sus costas y que de hecho surtían de estas conchas a gran parte de sus vecinos. Ahora nos queda indagar cómo fue el contacto que mantuvieron estos pueblos y, aparte del *Spondylus sp.*, qué otros productos intercambiaron.

En una carta de 1525 el contador español Rodrigo de Albornoz cuenta a Carlos V que los pobladores de Zacatula, en el norte del actual estado de Guerrero, le comentaron que sus abuelos y padres decían que cada cierto tiempo venían del sur unas grandes piraguas llenas de mercancías que intercambiaban por productos de este lugar. Además Albornoz anota que estos navegantes sureños se quedaban cinco o seis meses cuando “la mar estaba brava”, en espera del buen tiempo para volver.⁹² Llama la atención el periodo de espera y aunque se ha planteado que estos navegantes sureños aguardaban un cambio en la relación de fuerzas en las corrientes para poder realizar el tornaviaje,⁹³ a mi parecer la explicación es mucho más sencilla. Si aceptamos que los viajeros que menciona Albornoz provenían de Suramérica, y tenían que pasar por la zona de huracanes del Pacífico entre el sur de México y el norte de Centroamérica, tendrían que esperar a que pasara la temporada de huracanes —que dura aproximadamente de cinco a seis meses— para devolverse. Si esta interpretación es correcta explicaría por qué se encuentran evidencias de unos contactos prolongados y permanentes que llevarían a tener tradiciones compartidas entre el Occidente mesoamericano y la costa colombo-ecuatorial, reforzando la probabilidad de una proveniencia suramericana —o por lo menos de más al sur que la zona de huracanes— de los viajeros que llegaban al occidente de Mesoamérica. Vale la pena resaltar lo excepcional de esta fuente documental, pues

⁹² Patricia Rieff Anawalt, “They came...”, p. 233.

⁹³ Carlos Núñez Calderón de la Barca, “Los caminos...”, p. 71.

muy tempranamente los españoles prohibieron el comercio entre sus posesiones americanas que no fuera monopolizado por la corona. Tal vez esta fue la razón por la que los americanos que acostumbraban comerciar ocultaran sus actividades a las autoridades europeas que buscaban precisamente erradicar la ilegalidad.

Tal vez el argumento más contundente que tenemos para asegurar un contacto cierto entre Suramérica y Mesoamérica es la introducción de la metalurgia desde el sur hacia el norte del continente. Ya los rasgos estilísticos de la metalurgia mesoamericana, como las hachuelas y los cascabeles de cobre o las figuras de oro encontradas en Oaxaca —como en la tumba 7 de Monte Albán— que incluyen pecheras a la usanza del Área Intermedia, habían hecho sospechar de una relación entre la metalurgia colombiana y panameña en la mesoamericana, pero fue el riguroso estudio de Dorothy Hosler, publicado por primera vez en 1994, el que comprobó mediante exhaustivos análisis químicos y físicos cómo una técnica milenaria de metalurgia proveniente del Área Intermedia —que cuenta con aleaciones y técnicas específicas como la tumbaga y la cera perdida— aparece en el occidente de México sin tradición rastreable asociada al colapso del Clásico en el centro de México.⁹⁴

Conocemos por diversas fuentes que el vestido de los purépechas era considerado inmoral por los mexicas y posteriormente por los misioneros religiosos católicos, debido a que los hombres no usaban taparrabos debajo de su vestido y usualmente las mujeres andaban con el torso desnudo.⁹⁵ Esta coincidencia de vestido de las culturas del occidente con sus vecinas mesoamericanas ha llevado a pensar a la investigadora Patricia Rieff Anawalt en un origen suramericano de esta particular forma de vestir. La prueba con la que cuenta Rieff, y que tiene más peso, son unas figurillas provenientes de Ixtlán del Río (Nayarit), pueblo que vivió un desarrollo monumental a partir del año 900 d. C., aunque su particular estilo cerámico es anterior.⁹⁶ Las figurillas de hombres y mujeres de cerámica están vestidas a la usanza andina. Algunos de los vestidos se componen de recuadros con escalas que los dividen en dos, y dejan un lugar de colores claros y otro con colores oscuros. Asimismo, en

⁹⁴ Dorothy Hosler, "The sounds...", p. 127-156.

⁹⁵ Patricia Rieff Anawalt, "They came", p. 236.

⁹⁶ Dolores Flórez Villatoro, "Occidente...", p. 10.

UNAM - IHH

otros vestidos se aprecian espirales redondeadas con el mismo juego de claro/oscuro en los colores. Falta una exploración más sistemática de la propuesta de Rieff, sobretodo una comparación exhaustiva de las crónicas y pictografías que se resguardan para la región de Occidente, pues en muchas de éstas, como en las ilustraciones que acompañan la *Relación de Michoacán*, el vestido parece tener poca filiación con culturas suramericanas. No obstante, las figurillas de Ixtlán del Río sí son muy sugerentes, por lo que la hipótesis merece atención y se muestra como una prometedora veta de investigación.

En Punta Mita (Nayarit), Jorge Beltrán encontró anclas de piedra y pesos para bucear en apnea, datados para el siglo XV muy parecidos a los reportados en la Isla de La Plata, en la desembocadura del río Guayas, en Ecuador. La tradición de buceo en apnea ha sido rastreada gracias a pesos y anclas encontrados desde la cultura Engoroy-Chorrera, 2 000 años antes que Manta y Huancavilca.⁹⁷ Sin embargo en el Occidente mesoamericano los de Punta Mita son los únicos ejemplos que poseemos de objetos de este género, por lo que se piensa que debió ser una introducción muy tardía de la técnica de buceo apnea para la recolección de *Spondylus sp.* en la región. Más allá de objetos materiales, las anclas y los pesos nos hablan de una transmisión del conocimiento y técnicas entre las culturas del litoral Pacífico.

Vale la pena resaltar que hasta hace poco la extraña distribución de un tipo de urraca, la *Cyanocorax Dickeyi* en Nayarit —que no vuelve a aparecer en otra parte de México o Centroamérica y cuyo pariente más cercano es la *Cyanocorax Mystacalis* que vive en una región amplia de Suramérica—, llevó a pensar que había sido introducida en Norteamérica por seres humanos.⁹⁸ Sin embargo, estudios de filogenética han demostrado que la *Cyanocorax Dickeyi* es en realidad tronco genético de su par suramericana, por lo que se cree que su hábitat original estuvo en el actual México y que al irse desertificando el centro-norte de México, una población de urracas quedó aislada en las montañas de Nayarit y otra migró hacia el sur hasta instalarse en Suramérica. Los estudios demuestran una distancia

⁹⁷ Jorge Marcos, “Los pueblos”, p. 150.

⁹⁸ Patricia Rieff Anawalt, “They came...”, p. 245 y Dorothy Hosler, “The sounds...”, p. 17.

genética lo bastante amplia para pensar en una separación de las especies anteriores al desarrollo cultural humano.⁹⁹

Como hemos podido apreciar, son varios los productos que gracias a la arqueología podemos rastrear para comprobar que existió un contacto a partir de 900 d. C. lo suficientemente prolongado como para crear una tradición compartida en diferentes puntos del litoral del Pacífico de América. La metalurgia, el vestido y por supuesto el *Spondylus sp.* son algunos vestigios duraderos de una relación que debió contar con un complejo de bienes materiales e inmateriales que no hemos encontrado o ya los ha borrado el paso del tiempo.

Consecuencias del actual trabajo

Hay bastante qué trabajar en el presente tema. En ocasiones la teoría de la historia y el hallazgo de fuentes no van a la par. Algunos descubrimientos se han dejado de lado por falta de preguntas de investigación que puedan articular la información y a veces nuevas fuentes obligan a crearse otros cuestionamientos sobre cómo entendemos el pasado. En este delicado desequilibrio con el que se va construyendo el conocimiento acerca del pasado, muchas veces es frustrante darnos cuenta de lo poco que sabemos sobre la inmensidad que nos gustaría conocer. Particularmente en las ganas de encontrar alguna vía de comunicación entre las “grandes civilizaciones” prehispánicas se han hecho trabajos que se rinden a la tentación de encontrar relaciones fáciles y paralelismos exactos en términos de cosmovisión y simbolismo. Recientemente se ha conformado un *corpus* de investigadores interesados en los contactos marítimos de pueblos del litoral Pacífico americano lo suficientemente nutrido como para que la crítica mutua haga más rigurosa la investigación y haga avanzar el conocimiento que tenemos acerca del pasado. No he podido evadir las citas sistemáticas de muchos trabajos que han explorado las relaciones interamericanas por el Pacífico y los

⁹⁹ Elisa Bonaccorso, *et al.*, “Molecular systematics and evolution of the Cyanocorax jays” en *Molecular Phylogenetics and Evolution*. Disponible en <[http://zoologia.puce.edu.ec/Recursos/publicaciones/Cientifica/Bonaccorso%20et%20al%20\(2010\)%20-%20Molecular%20systematics%20and%20evolution%20of%20the%20Cyanocorax%20jays.pdf](http://zoologia.puce.edu.ec/Recursos/publicaciones/Cientifica/Bonaccorso%20et%20al%20(2010)%20-%20Molecular%20systematics%20and%20evolution%20of%20the%20Cyanocorax%20jays.pdf)> p. 897-909.

nombres que aparecen en las notas de este trabajo están presentes, o deberían estar, en cualquier trabajo que se refiera a este tema. Tal vez faltarían lugares de interacción para que estos hombres y mujeres, dedicados a establecer qué tipo de contactos sostuvieron los pueblos a través del océano, pudieran discutir y comparar avances.

En términos de fuentes habría que trabajar sobre dos puntos esenciales y que han sido prácticamente inexplorados: las similitudes lingüísticas y el ADN de las poblaciones asentadas sobre el litoral del Pacífico. Aunque en algún momento se exploraron ciertas semejanzas entre el purépecha y algunas lenguas suramericanas como el quechua¹⁰⁰ y el chibcha, en busca de una conexión entre Mesoamérica y el sur del continente, hoy en día el desarrollo de la lingüística en el Área Intermedia no acepta esas propuestas.¹⁰¹ Este alcance restringido es comprensible, pues no se tiene evidencia de que algún pueblo de habla quechua o chibcha tuviera contacto directo y prolongado con los purépechas. Habría que explorar algún paralelismo lingüístico entre la llamada “familia barbacoas”, de la costa compartida entre Colombia y Ecuador, y las lenguas del occidente de México. Lamentablemente no se ha emprendido tal labor. De igual modo un estudio genético de las poblaciones actuales y de los restos arqueológicos de enterramientos podría darnos pistas acerca de la naturaleza, la dirección y la asiduidad de las interacciones entre las personas de las culturas del litoral Pacífico.

Habría que pensar en los conocimientos con los que contaban estos navegantes y que eran necesarios para hacer un viaje tan prolongado. No sabemos qué instrumentos utilizaban manteños y huancavilcas para orientarse en alta mar, pero por lo menos se puede inferir que tenían el conocimiento suficiente de las estrellas de ambos hemisferios para poder navegar en alta mar y por las costas del norte de Perú, en el hemisferio sur, y las costas mesoamericanas en el hemisferio norte. Para comerciar y obtener la cantidad de mercancía que encontró Ruiz en la nave manteña huancavilca tendrían que tener un manejo de las lenguas de los pueblos con los que tenían contacto. Esta habilidad fue utilizada por los españoles capturando a algunos

¹⁰⁰ Mauricio Swadesh, “Un nexo prehistórico entre quechua y tarasco”, en *Anales del Museo Nacional de México*, Museo Nacional de México, México, 1969, p. 127-138.

¹⁰¹ Adolfo Costenla, *Las lenguas del Área Intermedia: Introducción a su estudio areal*, San José, Universidad de Costa Rica, 1991, p. 19 y 31.

navegantes y empleándolos como traductores al llegar al territorio inca.¹⁰² La transmisión de conocimiento, como vimos en el caso de la técnica de apnea por medio de pesos, debió ser mucho más amplia.

Quisiera terminar como comencé, haciendo énfasis en la unidad de análisis de los trabajos sobre la América antigua. Son muchos los pueblos que se han mencionado durante el desarrollo del texto: chincha, manta, huancavilca, tumaco-La Tolita, chocó, coclé, Ixtlán del Río, capacha, purépecha, etcétera. La mayoría de estos pueblos resultan incómodos para su clasificación según las fronteras tradicionales de las áreas culturales. En palabras de Tomás Pérez, al occidente mesoamericano le costó “demostrar su membresía a Mesoamérica”.¹⁰³ También Rostworowski resalta que los chinchas se salen de la economía de redistribución total de los Andes Centrales.¹⁰⁴ Siguiendo a Julia Mayo¹⁰⁵ es difícil de explicar la maestría del trabajo de las piezas de *Spondylus sp.* de los coclé que contrasta con su relativamente sencilla organización social y política, para citar tan sólo algunos ejemplos. Estos pueblos responden a una lógica que los agrupa entre sí, como parte de una unidad cultural del corredor marítimo del Pacífico, e intentar acomodarlos en unas fronteras propuestas hace casi un siglo, cuando los datos con los que contaban los investigadores eran otros, entorpece nuestro conocimiento sobre el pasado. Cabe resaltar que esta unidad del litoral del Pacífico no debe su coherencia a una supuesta homogeneidad cultural, sino a la interacción constante. Es tal vez la diversidad de estos pueblos lo que hizo que el comercio entre ellos fueran tan próspero e importante.

Aparte de probar que efectivamente existieron contactos entre las culturas del Pacífico y más exactamente que manteños y huancavilcas navegaron ida y vuelta desde el actual Ecuador hasta Mesoamérica en búsqueda de *Spondylus sp.* a partir del año 900 d. C., mi interés es proponer este corredor marítimo occidental por el océano Pacífico como unidad de análisis para las investigaciones arqueológicas, antropológicas e históricas, en un intento por actualizar las herramientas teórico-metodológicas con las que comprendemos el pasado.

¹⁰² Jorge Marcos, *Los pueblos...*, p.30-31.

¹⁰³ Tomás Pérez, “Hilos...”, p. 18.

¹⁰⁴ María Rostworowsky, *Recursos naturales renovables y pesca, siglos XVI-XVII/Curacas y sucesiones, costa norte, Obras completas IV*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2005, p. 164-169.

¹⁰⁵ Julia Mayo, “Virtuosismo...”.